

# EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 53

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUZUOLA

## EL SIGLO

### Estamos en buena compañía

Quando dias pasados nos ocurrió citar la conocida frase de Laboulaye de que las heridas inferidas por la prensa se curan por la prensa misma, lo que menos podíamos pensar era que hubiera quien se escandalizase de aquella idea y la atribuyera a una extravagancia del redactor de *El Siglo*. Sin embargo *La Nación* que según parece no tiene relaciones con el esclarecido escritor francés que con tan admirable exactitud ha estudiado las leyes y las costumbres de los Estados Unidos, nos atribuye el mérito de aquel pensamiento que ha sublevado al colega y al que se toma la libertad de calificar de herejía.

Dijimos nosotros que la máxima de Laboulaye no era nueva y que se practica con buen éxito en la gran República de Norte-América, donde no se conocen leyes de imprenta ni delitos de imprenta. —*La Nación* se agarra a esta frase y dice muy oronda y satisfactoria: «Aquí tenemos la más fuerte refutación de la máxima de *El Siglo*. Sino se conocen delitos de imprenta, ¿para qué es necesaria la ley que los reprime?» —Además, ¿no sabe el redactor de *El Siglo* que en Norte-América, como en todas partes, los delitos—y ese delito es la calumnia—sino por la ley de imprenta, se castigan por las leyes ordinarias que rigen en los respectivos países?»

Mire usted, colega. El redactor de *El Siglo* podrá ignorar y de seguro ignora muchas cosas; pero no es tan crasa su ignorancia que no sepa que en todos los países civilizados hay leyes que castigan los delitos. Lo que hay es que en los Estados Unidos se considera que la imprenta, en punto a delitos, no puede ser otra cosa que un instrumento; y así como no hay leyes especiales para castigar los crímenes que se cometen por medio del puñal, del revólver ó del veneno, tampoco se ha creído necesario establecer un procedimiento y dictar una penalidad especial para castigar los delitos que se cometen por medio de la imprenta.

Y sabe el colega por qué la constitución de aquella gran República ha prohibido expresamente que se hagan leyes especiales para la imprenta?—Pues es por que los legisladores constituyentes comprendieron muy bien el abuso que podía hacer el Poder público de esa legislación especial: porque comprendieron que los que mandan pueden confundir los ataques al interés nacional, que son cosas muy distintas, crea *La Nación* lo que quiera.

Estamos en un país en que hay una legislación especial para los delitos de imprenta, y tenemos que someternos a esa legislación: pero tenemos también perfecto derecho de censurar a los que no se cansan de aconsejar al Gobierno que reprima con mano fuerte a los que abusen en su concepto de la libertad de escribir.—Dentro de la Constitución cabe que el Poder Público sea más ó menos riguroso y más ó menos tolerante respecto de la prensa.—*La Nación* y los que como ella piensan desearían que el Gobierno llegase en este punto al extremo límite de su derecho. Nosotros por el contrario creemos que nada ganaría en ello el Gobierno, y menos aun los intereses del país. Creemos que la época actual es de tolerancia, y que el Gobierno haría muy mal en extremar una persecución violenta contra los diarios que le combaten y censuran, aunque esa persecución traspasase los límites que la ley señala.

Esa es la diferencia entre las opiniones de *La Nación*, y las nuestras. Si hemos dicho que el colega sería consecuente con sus ideas prefiriendo la previa censura a la libertad de imprenta, es porque esa consecuencia se desprende lógicamente de la afirmación de que son insuficientes é ineficaces las rectificaciones para neutralizar el daño que hacen los que abusan de la libertad de escribir.—Por lo demás bien sabe el colega que no puede con justicia contársenos en el número de ellos: por eso cabalmente nos creemos más autorizados para levantar nuestra voz en defensa del derecho de los demás.

No es que nosotros confundamos la libertad con el abuso de ella: no es que creamos que no puede escribirse libremente sin injuriar y calumniar. Es que nos encontramos en presencia de una ley dictada para reprimir y castigar aquellos abusos, y no podemos mirar con indiferencia exhortaciones que no pueden tener otro objeto que excitar al Gobierno a que en cuanto esté de su parte sea severo y no omita medio para tapar la boca á los que le atacan.

## OFICIAL

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Setiembre 19 de 1888.

Señor:

Debiendo celebrarse en esa ciudad solemnes exequias fúnebres á los despojos mortales del general don Domingo F. Sarmiento, fallecido re-

cientemente en la Asunción del Paraguay, recomiendo á V. S., en nombre de S. E. el Presidente de la República, se sirva asociarse oficialmente á esa demostración de duelo de parte del pueblo argentino en honor de tan eminente americano.

Saludo á V. S. atentamente.

ILDEFONSO GARCIA LAGOS.

Al señor Encargado de Negocios Interino y al señor Cónsul General de la República Oriental del Uruguay en Buenos Aires.

Barcelona, Agosto 16 de 1888.

Excmo. Señor:

Por el telegrama que he dirigido, habrá visto V. E. que la República ocupa la primera Presidencia del jurado en el primer grupo, en la Exposición Universal de Barcelona.

Adjunto hallará V. E. el periódico *Le Trait de Union* en que vienen detalladas todas las presidencias. Como Vice, fué nombrado don Manuel Gasca y Tio.

El nombramiento de Presidente corresponde á los respectivos Gobiernos, según lo ha resuelto la Comisión Ejecutiva de la Exposición.—No habiendo tiempo material comunicué por telégrafo que la primera reunión ó sea la instalación de los jurados, será el 17 de Setiembre, según me lo ha participado de oficio.

Aprovecho la oportunidad para significar á V. E. que el día 13 á las 3 p. m., se presentó en la instalación de la República, el Excmo. señor Ministro de Hacienda acompañado de S. E. el señor Comisario Regio don Manuel Girona, Delegado General don Luis Rouvier, y varios caballeros de distinción; S. E. se demoró hasta las 4 p. m. Examinó todo lo expuesto, llamándole la atención el vario muestrario de lanas, cereales, vinos y aceites, pero lo que más sorprendió á S. E. fué el mensaje escolar.

Examinó minuciosamente, no solo los bancos y pupitres, sino también los libros de enseñanza. Pasa estos últimos á su disposición. En ese momento obsequié al señor ministro con el Anuario Estadístico de 1886, y varios otros libros de los que parecía enterarse. Al retirarse S. E., me dijo: felicite al señor cónsul, á su ilustrado Gobierno en mi nombre, por la bella y bien organizada instalación.—Agradezca á S. E. en nombre de mi Gobierno su atenciosa visita.

Lleno de satisfacción me es muy grato felicitar á V. E. y reiterarle las protestas de mi mas distinguida consideración y respeto.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Teodoro C. Barbosa.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Setiembre 19 de 1888.

Acútese recibo y publíquese.

ILDEFONSO GARCIA LAGOS.



### A los agricultores y ganaderos

Se les hace saber que el Directorio de este Banco, en sesión de hoy, ha resuelto lo siguiente:

1.º Autorizar á las sucursales de campaña á hacer préstamos á los agricultores y ganaderos en pequeña escala hasta el máximo de mil pesos y el mínimo de cincuenta pesos, con amortización de diez por ciento trimestral é interés de diez por ciento anual, hasta nueva resolución.

2.º Autorizar igualmente á las sucursales á hacer préstamos hipotecarios en dinero desde doscientos hasta quinientos pesos, á plazos que no excederán de cinco años, con interés no menor de nueve por ciento al año y amortización que no bajará de veinte por ciento anual.

Montevideo, Setiembre 17 de 1888.

Daniel Muñoz.

Secretario.

## COMPANIA NACIONAL

### Credito y Obras Publicas

Se advierte al público que desde esta fecha no se admitirán propuestas de propiedades que no aparezcan suscritas por el propietario ó por corredor convenientemente autorizado.

2568-st-26.

El Secretario.

## COMPANIA NACIONAL DE CONSUMIDORES DE GAS Y LUZ ELÉCTRICA

### Sociedad Cooperativa

#### PRIMER DIRECTORIO

Presidente: Sr. D. Manuel Lessa.  
Vice-Presidente: T. W. Howard.  
Secretario: José A. Ferreira.  
Vocales: José Shaw.  
Arturo Richard.  
Federico Paulier.

Aprobados definitivamente por el Poder Ejecutivo los Estatutos de la Compañía con las reformas introducidas por el Directorio, se declara abierta la suscripción á las «diez mil acciones» de á cien pesos cada una que constituyen la «primera serie y dan derecho á la rebaja en el importe del consumo, acordada á los socios fundadores por el artículo 16 de los Estatutos.»

Los pedidos de acciones pueden hacerse por escrito en la Oficina provisoria, calle 25 de Mayo número 266 de 10 a. m. á 5 p. m. todos los días hábiles.

La Oficina facilitará los boletos para la suscripción, y dará á los interesados el resguardo correspondiente.

El vocal señor don José Shaw firmará los recibos de la primera cuota de «diez por ciento» en representación del Directorio.

Montevideo, Setiembre 1.º de 1888.

#### EL DIRECTORIO

2399.st.1.º

## HECHOS Y RUMORES

El tiempo.—Hoy á las 8 de la mañana llovía en Treinta y Tres, Tacuari y Artigas.

Garuba en Tapes y Gutierrez.

Nublado en Pando, Minas, Migue y Maldonado.

El «Olbers».—Este vapor, procedente de Londres, trae para Buenos Aires 350,000 libras esterlinas.

Paraguay.—Dice una carta de la Asunción: El progreso de este país está ya sobrepasando las esperanzas mas optimistas.

La población de la Asunción es actualmente de más de 30,000 almas; y, según la estadística oficial recientemente publicada, la República entera cuenta con 400,000 habitantes, sin incluir los indios del Chaco y de Maracayú.

Terrenos en el Chaco, frente á esta capital, se están vendiendo á 120 pesos oro la cuadra y en los suburbios de la capital se venden á uno y dos pesos oro la vara cuadrada.

Hay gran demanda de obreros y artesanos para la extensa edificación que se está haciendo y gran número de ellos vienen aprovechando el pasaje gratis ofrecido por el cónsul general del Paraguay en Buenos Aires.

En mi opinion no puede haber duda de que el Paraguay está progresando rápidamente, siendo la principal rémora la falta de brazos. Todo hombre capaz de trabajar encuentra inmediatamente colocación y buen sueldo, exceptuando dependientes de comercio, que no hacen falta. También son muy buscadas sirvientes mujeres para trabajos domésticos.

Chile y Bolivia.—Valparaíso, Setiembre 17.

La Comisión legislativa comenzó á estudiar el presupuesto. Según *La Tribuna*, órgano semi-oficial, el Presidente convocará al Congreso antes del 15 de Octubre. El mismo diario contestando á varios órganos de la prensa, dice: «que el último período del Congreso ha sido de labor mas positivamente fructuosa que otras legislaturas, habiendo despachado durante el último período seis importantes proyectos que ya están vigentes. Creación de la Corte de Apelaciones en Talca; ratificación de la reforma constitucional que reduce el número de representantes al Congreso; subsidios municipales; establecimiento de agua potable en las principales ciudades de la República, y abolición del impuesto de alcabala.

El *Mercurio*, órgano montevista, encuentra indecoroso que el Gobierno no haya prorogado las sesiones del Congreso para terminar los proyectos en discusión como para justificar las razones del divorcio político con los montevistas.

Comunican de Bolivia que sábase positivamente que el nuevo gabinete quedará formado de la siguiente manera: Bataña, Relaciones; Oblitas, Guerra; Heriberto Gutiérrez, Hacienda; Serapio Reyes, Gobierno; Agustín Aspiazú, Justicia.

El diputado Rodolfo Soria, presentó un proyecto para establecer el matrimonio civil en Bolivia.

Oficialmente confirman de Bolivia que el

sábado 8, en las fiestas de Guadalupe; amotinóse en Sucre el batallón Loa, proclamando á Belisario Salinas. Los amotinados atacaron el cuartel de artillería, tomándolo. El movimiento fué encabezado por el coronel Belisario Pacheco, jefe destituido del batallón Chorolqui y por el segundo jefe del batallón Loa. Dirigiéronse contra la casa del Presidente Arce, saqueándola. Arce se fugó, ignórase donde. El motin solo es de carácter personal: el resto del país está tranquilo sin alterarse el orden público.

—Regresó á Santiago el Presidente Balmaceda y altos dignatarios que fueron á Chillán á las fiestas de la inauguración del monumento de Bernardo O'Higgins, que fueron espléndidas. Asistió un gentío inmenso. La ciudad engalada por completo, levantáronse diez arcos triunfales. Pronunciáronse patrióticos discursos por el Presidente de la República y representantes de las comisiones.

Ricardo Lopez Jordan.—Se espera en la semana presente en esta capital, á Ricardo Lopez Jordan, procedente de Montevideo. —(*La Prensa*, de Buenos Aires.)

El coronel Ruibal.—En honor á la memoria de ese compatriota, jefe del 11.º regimiento argentino de caballería, copiamos lo siguiente de diarios de la vecina capital:

Dice *El Nacional*:

«Los héroes de las leyendas populares se van.

Lloramos la pérdida que sufre el país con la desaparición de Manuel Ruibal de las filas del ejército.

Era el tipo del soldado caballeresco, de modales distinguidos: la dulzura de su carácter y la cultura de sus sentimientos acusaban más bien en él al hombre que había cultivado el comercio de las ideas en un mundo ilustrado y en las sañas y elevadas esferas del pensamiento, y no al hombre que desde niño se había formado en los campamentos de nuestra frontera con los indios.

Una alma noble, abierta á las mas generosas expansiones del sentimiento, adornada de las mas suaves delicadezas en los afectos puros, vivía en él, en conorcio con las mas grandes altivaces y las mas acentuadas energías.

Su vida toda, justificó este juicio, que aceptarán todos los que nos lean y lo hayan conocido.

En las páginas del libro que algún día se escriba sobre nuestra lucha con esa raza viril que ocupaba nuestros desiertos, impidiendo que penetrara en ellos, la luz de la civilización, figurará el nombre de Ruibal, entre los héroes ignorados hoy por la vida de vértigo mercantil que nos domina.

Si en la oscura lucha con los indios, ha podido destacar su figura militar que la leyenda ha recogido, en una guerra internacional hubiera sido el Cid argentino, trayendo nuevos laureles á la corona inmortal de la patria.»

—Dice *El Diario*:

«Hijo de sus propias acciones, todo lo había conquistado con su esfuerzo, con su abnegación y persistencia, sin mas elementos que su criterio inteligente y su brazo vigoroso. Natural de Montevideo, no tenía en nuestro país ni siquiera las vinculaciones de familia. Solo, librado á sus propias facultades, sin recomendaciones extrañas y en la edad mas peligrosa, cuando el muchacho empieza á romper la crisálida, para ser hombre,—sentó plaza en el Regimiento 11 de caballería; y aun hay en ese cuerpo viejos soldados que recuerdan al imberbe cadete, á quien vieron mas tarde ir escalando grado por grado las alturas de la dignidad militar, desde el suspirado galon de alférez hasta las charreteras de coronel.»

—Dice el *Sud-América*:

«Entre las acciones distinguidas que el general Villegas determina como ocurridas en la campaña de los Andes, al Sur de Patagonia, figura en primera categoría la que fué hecha por el coronel Ruibal, expresada en los siguientes términos.—Combate de Cumulú.—Perseguendo el 2.º jefe del regimiento 11 de caballería don Manuel Ruibal el caique Quenfü y escalando las frías cordilleras de Cumulú, lo que efectuó á pié, pues la espesura del bosque no permitía hacerlo á caballo, se estravió el resto de su fuerza acompañado del alférez don Teófilo O'Donnell y cinco soldados, y al llegar á la cima de la sierra se encuentra con un grupo considerable de indios. Este bizarro jefe, sin mirar el número superior de enemigos lo carga con arrojo, pero aquellos, alentados por su superioridad, combaten también con valentía.

El comandante Ruibal recibe tres lanzas y dos bolazos y hubiera sido víctima á no ser la decisión y valentía del joven alférez O'Donnell y aus cinco soldados que defendieron con denuedo á su jefe.

Los salvajes dejaron en aquel pequeño teatro donde había tenido lugar tan heroica lucha, 15 muertos, entre ellos el caique Rangelino Huicuinir y el capitanejo Millanguo.

El primero.—El *Mealh*, procedente de Ambres, ha conducido 200 toneladas de rieles de acero para el tramvia á vapor que se establecerá en la Concepción del Uruguay.







MISTRESS WOOD

LAS

## HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR \*\*\*)

Cuando lord Oakburn volvió a Cedar-Lodge al día siguiente del funeral, Jane se decidió a romper el silencio. Su emoción era muy viva, y la cólera de su padre contra Laura llegaba al extremo. «Esperaré hasta mañana», se dijo a sí misma.

Al día siguiente, miércoles, llegó la carta de Laura pidiendo su ropa. El Conde se irritó mucho, y Jane creyó prudente callar todavía. El jueves, después del desayuno, en el momento en que el padre daba sus órdenes para la marcha, Jane, armándose de valor, habló al Conde en estos términos:

—Perdóneme V., papá, si le hablo de lo que me ha prohibido. ¿Quiere V. que indague el paradero de Clarisa?

—¿Qué dices?—interrumpió lord Oakburn con voz tremenda.

Su tono era tan duro, su mirada tan fiera, que Jane sintió desfallecer su resolución. Comprendió con dolor inmenso que había dado un paso en falso.

—No vuelvas a hablarme de buscar a Clarisa,—volvió a decir el conde.

Nos es preciso ahora dirigir una ojeada hacia el pasado. El capitán Chesney (le daremos el nombre que llevaba antes) tenía cuatro hijas, a pesar de que solo nos hemos ocupado de tres: eran Jane, Laura, Clarisa y Lucy. Laura y Clarisa se llevaban un año apenas: Jane era la de más edad y Lucy la más joven.

Según iban creciendo Clarisa y Laura, prometían tener una belleza poco común, aunque no hubiese semejanza entre ellas. La condesa viuda de Oakburn, con ser tan orgullosa, protegía bastante a sus sobrinas, y ofreció enviarlas a Francia para terminar su educación anunciando el designio de protegerlas.

El capitán y Jane supieron apreciar tanta delicadeza y consintieron en ello.

Cuando lady Oakburn hacía las cosas, las sabía hacer con ostentación. El colegio que eligió, cerca de Neuilly, era de mucho lujo.

Las dos jóvenes recibieron una educación brillante en los tres años que allí permanecieron. De vuelta a Inglaterra, Laura tenía diez y nueve años y Clarisa diez y ocho.

En la casa paterna encontraron menos comodidades que en el colegio. El capitán vivía entonces en las cercanías de Plymouth y estaba muy escaso de bienes de fortuna. Las deudas pesaban; la economía introducida en la casa podía llamarse estrechez; las dos jóvenes no sabían resignarse a vivir con privaciones y careciendo de todo recreo.

Jane lo sufría todo por su amor filial; Lucy era demasiado niña; las otras dos se aburrían mortalmente.

Clarisa fué la primera en sacudir el yugo. Durante dos años se contuvo, pero al llegar a los veinte, declaró formalmente que quería ser institutriz y que se marcharía.

Toda la familia tomó a mal su resolución. El capitán no consintió ni que se discutiera. Se enfadó muchísimo y la prohibió le dijera jamás sobre este asunto la menor palabra. Clarisa, persistiendo, demostró que su voluntad tenía la misma obstinación que la de su padre.

No dejaba de comprender que irritaba los aristocráticos sentimientos de la familia aceptando la posición de aya o institutriz. Sin embargo, sostenía que hacía bien, pues los motivos de su resolución eran, por un lado, ayudar a la familia, economizándole sus propios gastos, y dándole después una parte de lo que pudiese ganar, si hallaba una buena plaza.

No podíamos en duda la sinceridad de Clarisa; pero si ella hubiese analizado lo íntimo de sus convicciones, hubiera descubierto un vago desgo de vida más confortable. En una palabra, Clarisa abandonó la casa paterna, como mas tarde debía abandonar a Laura.

Habría sido mejor que la condesa viuda no tomara cartas en el asunto, pues su intervención produjo efectos contrarios, y la vieja Condesa no tardó en casarse con los vituperios y reprensiones.

Es cierto que cuando notó el mal efecto que producían sus reconvenciones, quiso cambiar de táctica, y la propuso tenerla en su compañía; mas ya era tarde. El ofrecimiento no halagaba a la pobre joven, que había de vivir en gran sujeción y sentir el yugo tiránico de su tía. Orgullosa como era Clarisa, desechó la oferta.

En la discusión que precedió a su fuga, Clarisa afirmó que no dejaría caer mancha alguna sobre el nombre de la familia; que cambiaría de apellido, haciendo juramento de no revelar a nadie el suyo verdadero.

Lady Oakburn dejó caer el peso de su cólera sobre el Capitán. «Daba avaria, si hubiera sido preciso, antes que dejarla partir.» El Capitán no merecía esto, pues Clarisa salió secretamente, y cuando notaron su ausencia, estaba ya lejos. Lady Oakburn no pensó mas en Clarisa, y lo propio hizo el capitán, prohibiendo que jamás se pronunciase delante de él el nombre de la hija rebelde. Jane procuraba disuadirle, pero el capitán se mantuvo firme, y esto fué causa del primer disgusto y resentimiento entre padre e hija.

Poco después recibió una carta de Clarisa, en que le daba noticias suyas. Había logrado colocarse como institutriz en casa de una exco-

lente familia que habitaba en Fare-Westde Londres. Había cambiado de nombre, y creía inútil indicar cual era.

Por si Jane quería contestarle, le encargaba que pusiera las señas «Miss Chesney», bajo sobre a un librero de Hyde-Park. «Dí a mi padre —escribía terminando—que le quiero, que tenga confianza en mí, y que jamás deshonraré mi nombre ni mi persona. Los motivos que he tenido son honrados: un día me hará justicia.»

Jane enseñó la carta a su padre, que se puso furioso, mandando que le contestara que no la perdonaría jamás.

La pobre Jane conoció que aquella respuesta solo tendría el efecto de irritar más a su hermana, cuya resolución era inquebrantable; pero debía obedecer. Entonces fué cuando el capitán prohibió que se pronunciase en su casa el nombre de Clarisa.

Después del cambio de posición, Jane empezó a esperar que su padre transigiera con su hija. Era de toda imposibilidad que una lady Chesney estuviera de institutriz en una casa particular, y Jane confiaba en que su padre había de comprenderlo así.

Pasados ocho días, Jane debía ir con Lucy al lado de su padre a Chesney-Oaks, donde tenía muchísimo que hacer para arreglarlo todo. Lord Oakburn había traído dinero más que suficiente para pagar todas las deudas, y se lo entregó a Jane para que las solventase. ¡Con qué placer lo hizo! Más satisfacción experimentó entonces que al recibir los honores de su elevada posición.

Con esa perspectiva que se nota en la mayor parte de los acreedores, ninguno, desde que la fortuna sonría al capitán, llamó a su puerta a reclamar sus créditos, porque se sentían seguros de cobrarlos.

Después de la partida del capitán, Jane dió sus instrucciones a Judith y a la nueva criada. Después subió con Judith al cuarto de Laura para arreglar las cosas de su hermana. Judith se puso a la ventana para ver un carruaje que se detenía delante de la casa, y dió aviso a Jane de que venía dentro una señora anciana.

Era el mismo carruaje que estuvo a punto de atropellar a Carlton. Jane, adivinando que era su tía la condesa viuda de Oakburn, ordenó a Judith que bajase a abrir.

Judith obedeció al momento. Jane se puso el traje de luto, arregló como pudo su peinado, y llegó al piso bajo al mismo tiempo que lady Oakburn entraba.

La viuda andaba con paso firme y mesurado, hacía resonar sus tacones, y a pesar de estar muy gruesa, conservaba una gran agilidad de cuerpo y de espíritu. No parecía tener los setenta años que había cumplido.

—¿Dónde está su padre de usted?—preguntó a Jane con un gesto que indicaba que había notado algo que le desagradaba.

—Mi padre se ha marchado hoy mismo a Chesney-Oaks, querida tía;—y al decir esto, Jane presentó su frente para recibir el beso de la bienvenida.

—La criada me lo había dicho; pero ¿qué necesidad tiene de correr tanto? ¿Por qué marcharse tan pronto?

—Mi padre ha venido únicamente para darme a conocer lo que tenía dispuesto y lo que tenía yo que hacer,—contestó Jane con voz humilde.—Solo ha estado dos noches.

Entró la Condesa en la sala, dió un beso a Lucy, que acababa de entrar, se despojó de su sombrero y se lo dió a Jane. Parecía estar de muy mal humor.

—Ayer he llegado al Gran-Wenlock de paso para Chesney-Oaks, donde pasó la noche: lo primero que hice al día siguiente fué enviar un telegrama a Chesney-Oaks preguntando si estaba el Conde. Una hora después recibí la contestación de que estaba en Cedar-Lodge. He tomado una silla de posta, y aquí me dicen que se acaba de marchar.

—¿Cuánto lo siento, querida tía!—exclamó Jane.

—Es de toda necesidad que lo vea para consultar sobre los cambios que deben hacerse en Chesney-Oaks. ¡Thoms! ¿dónde está Thoms?

El criado acudió diligente al llamamiento de su señora.

—¿Que ha hecho usted con el carruaje?—le preguntó aquella.

—Está a la puerta, milady.

—Bien; que espere. Jane, si tiene usted un bollo y una copa de sherry, de usted orden para que me la sirvan. Tengo que ir cuanto antes a Chesney-Oaks, y me siento débil.

Jane la sirvió en el acto.

—Mucho hemos sentido, tía, la muerte del Conde y de la Condesa. No conocíamos a ésta, pero el Conde...

—Basta, Jane,—interrumpió la Condesa viuda en tono que no admitía réplica.—Era nieto mío y le quería como era justo; pero ha muerto y es inútil pensar mas en ello.

Nada opuso Jane. Lady Oaks no era mujer que perdía el tiempo en lamentaciones.

Después que hubo tomado su ligero refrigerio, preguntó:

—¿Qué proyectos son los de vuestro padre? ¿Qué piensa hacer con Chesney-Oaks? No posee lo bastante para conservarlo para su uso.

—Me parece que tiene intención de arrendarlo.

—¿Arrendarlo! ¡Alquilar Chesney-Oaks! ¡Jamás.

—No puede obrar de otra manera. Como usted acaba de decir, no es bastante rico para residir en él, y no puede tampoco dejarlo vacío, si quiere evitar que se arruine.

Lady Oakburn levantó al cielo sus manos.

—¿Quién diría que es él el heredero, el marino Frank! jamás se me hubiera ocurrido.

—Puedo jurar a usted, tía, que tampoco lo pensábamos nosotros.

—¿Y cuáles son vuestros proyectos? Supongo que no os quedareis mucho tiempo en esta casa.

—Nos iremos a Chesney-Oaks dentro de una

semana. Después nos fijaremos definitivamente en Londres.

El plan es bueno, dijo lady Oakburn con un movimiento de cabeza, ya que no podéis vivir en Chesney-Oaks. Pero Frank no lo alquilará. ¿Qué se hará de estos muebles? añadió dirigiéndose a una miranda a los que allí había. No son bastante decorosos para vuestra actual posición.

—Mi padre quería alquilar esta casita amueblada.

—¿Y Laura?

Jane se inmuyó y bajó los ojos. Sentía más tener que hablar de Laura que de su propio padre.

—¿Qué golpe tan terrible para todos!—exclamó.

—¿Estaba loca?

—Ha sido muy ligera,—respondió Jane.

—¡Ligera!—repitió la condesa incomodada.—¡Llamar ligereza a una acción semejante! ¿Dónde ha aprendido usted la moral, lady Jane? ¿Quién es ese Carlton? Un monstruo, indudablemente.

—A lo ménos, no lo es en lo físico,—dijo Jane.—Para mí es un hombre poco simpático; antes de lo que ha sucedido no me agradaba. Me temo que Laura se arrepentirá algún día de lo que ha hecho.

—Debemos esperarlo,—contestó la condesa, con el mismo tono que lord Oakburn pudiera haberlo hecho.—Acabo de verla hace un momento.

—¿Dónde la ha visto usted, tía?

—En una de las ventanas de la casa de ese Carlton. No se olvide usted, Jane, de lo que voy a decir. Laura pagará caro, muy caro, lo que ha hecho. Semejantes casamientos no llegan a buen fin. Y Clarisa, ¿dónde está?

La pregunta era tan imprevista como la que hizo respecto de Laura.

—Presumo que continuará donde estaba.

—¿Y dónde estaba? Digamelo usted todo. ¿Qué ha sido de ella desde que nos abandonó?

A Jane le pareció impertinente aquella curiosidad, pues también la condesa había prohibido a Jane que le hablara de ella en sus cartas.

—No sé gran cosa. Me escribió, como V. sabe, que tenía una plaza de institutriz en casa de una familia de Hyde-Park.

—Y que había tomado un apellido supuesto. Lo sé; continúe usted.

—Sí, cambió de apellido,—contestó Jane,—pero indicando que las cartas fuesen dirigidas a miss Chesney. Así, pues, no lo ha dejado enteramente.

—¿Quién le ha escrito?

—Yo; me parece que podíamos abandonarla.

—¡Abandonarla!—interrumpió la Condesa;—ella es la que nos ha abandonado.

—Es cierto, pero le ha escrito alguna que otra vez, puesto que mi padre no me prohibía escribirle.

—Y ¿qué decía ella en sus cartas?

—Casi nada. En lo general eran cortas. Casi siempre se reducían a decir que su salud era buena y que seguía en la misma casa. Desde principio de año nada sé de ella, lo que ya me tiene inquietud, pues son dos cartas las que le he escrito sin recibir contestación a ellas.

—Volverá,—dijo la Condesa.—Lo verán ustedes.

—Quisiera creerlo,—repuso Jane.—Pero cuando pienso en su carácter altivo, no opino que dé ella el primer paso; aguardaré a que sea mos los primeros.

—Pues bien; en ese caso esperaré mucho tiempo si yo fuese su padre.—Y diciendo esto se levantó y se puso el sombrero.—Si no reconoce lo que debe al Conde de Oakburn y lo que se debe a sí propia,—continuó la Condesa,—si no siente lo inconveniente que es para lady Clarisa Chesney correr el mundo enseñando chiquillos, que se quede donde está hasta que tenga juicio.

Este lenguaje era el mismo que empleaba el conde cuando hablaba de su hija. La condesa viuda se retiró después de despedirse de sus sobrinas.

## CAPÍTULO XXVI

## Lady Lethwait

El conde de Oakburn y lady Chesney estaban sentados en un magnífico salón de recepción de Portland-Place. Era a mediados de Junio, cuando abunda la sociedad en Londres. Durante el mes de Mayo el lord y sus hijas habían permanecido en Chesney-Oaks. El conde había tomado esta casa amueblada por tres meses, y allí había su residencia en Chesney-Oaks.

La condesa viuda estuvo próxima a sentirse mal cuando leyó el anuncio; fué a ver al conde y preguntarle si se sentía dispuesto a deshonrar a la familia; éste le contestó que sería muy posible. La escena fué atroz; las palabras injuriosas menudearon; pero el conde tenía razón. La condesa se volvió a su hotel de Kensington-Garden. El conde, por su parte, deseó que no volviera.

Pocos Pares de Inglaterra tenían menos rentas para el Conde y para Jane era, sin embargo, una riqueza. Las rentas no pasaban, poco más o menos, de tres mil libras esterlinas. El producto del alquiler de Chesney-Oaks bastaría, a lo más, para gastos de conservación y ornato. Chesney-Oaks poseía pocas tierras; en cambio, el castillo, el jardín y el parque eran magníficos.

Los muebles eran propiedad particular del difunto Conde y correspondían a su abuela la anciana Condesa. Si lord Oakburn no se hubiese enemistado con ésta, probablemente ella se los hubiera regalado, pues era de condición generosa; pero al saber que el palacio se debía alquilar, dió orden de que sacara todos sus muebles.

El palacio estaba en muy buen estado, pues al casarse el joven Conde un año antes había hecho todas las reparaciones necesarias. Los muebles que lord Oakburn, con cierta diplomacia de que era incapaz, hubiera podido conservar fueron a parar a manos de las hijas de la Condesa viuda, demasiado ricas ya para tener necesidad de ellos.

Quince días después se presentó una persona para tomar el castillo. Era sir James Marden, un gentleman, que después de una larga ausencia volvía a Europa. Había encargado a su hermano el coronel Marden le buscara habitación. Era natural que el Coronel eligiese una próxima a la suya. Habitaba en Pembury, y le pareció que Chesney-Oaks era lo que le convenía. Entró, pues, en tratos.

De esto hablaba el Conde con su hija. El Lord era expeditivo, y gustaba de que los negocios se arreglasen pronto. Dos ó tres entrevistas con el Coronel, que estaba entonces en Londres con su familia, bastaron para terminarlo todo. La víspera Jane recibía la primera visita de mistress Marden.

Simpatizaron desde el primer día, y Jane contaba a su padre que la había invitado a asistir a un concierto.

Jane tenía puesto un lindo traje de gasa negra. Vestía con elegancia, pero sin pretensiones. Su rostro apacible denotaba la serenidad de su espíritu; la existencia actual le parecía un paraíso en comparación de la que antes arrastraba.

Las intenciones de Jane eran de mostrarse poco en sociedad; su única ambición, la de hacer compañía a su padre cuando venía del club y de la Cámara de los Pares. Antes el cuidado de la educación de Lucy le obligaba a darle solo. Ahora no era lo mismo: ni distracciones, ni deberes sociales, ni placeres impedirían que estuviese siempre a su lado para hacerla la vida agradable y cuidar bien de su casa. Pocos padres podían ser tan venerados y queridos como el Conde de Oakburn. En una palabra, Jane realizaba el ideal de la hija amante y de la mujer de su casa.

Mientras hablaban del arrendamiento de Chesney-Oaks, Jane tenía su pensamiento fijo en otra idea.

Quería buscar una institutriz para Lucy. Madame Marden le habló de una que buscaba colocación, y Jane la aceptó en principio.

—¿No pondrá usted más dificultades, padre mío, para admitir una institutriz en casa?

El conde la primera vez que Jane le habló de este asunto, contestó que no quería introducir en su casa personas extrañas. Después consintió, instado por las reflexiones de Jane.

—Si te conviene, cierra el trato con ella,—le dijo por fin.

Jane se sonrió. Antes que pudiera decir una palabra, un criado entró anunciando que una señora quería hablar con ella.

—¿Quién es? preguntó Jane.

—Me parece que ha dicho miss Lethwait, milady; no estoy seguro.

Jane salió para recibir la visita.

—¿Lethwait? Es el nombre que me ha dicho Mme. Marden. Vendrá de su parte.

Una señora de unos veintiseis a veintiocho años, de elevada estatura y vestida con elegancia, se levantó al entrar Jane. Su mirada era expresiva, hermoso su cabello, y distinguidos sus modales. Jane, al observar todo esto, creyó haberse equivocado; pero no podía ser la institutriz que esperaba. Era, si embargo, miss Lethwait en persona, que venía a dar informes de sí misma. Hija de un *dergymán*, había sido educada para institutriz; Jane le preguntó porque abandonaba la casa donde estaba, y contestó que no podía resistir el excesivo trabajo. Tenía cinco discípulos, cuya educación completa le estaba encomendada.

—Pedirá usted mucho,—dijo Jane, que deseaba entenderse con ella.

—Ahora gano 80 libras, contestó con algún embarazo. Mme. Marden me había indicado que Vd. no quería dar mucho; pero como no tendré aquí más que una sola discípula, me contentaré con ménos. Si continuara trabajando como lo hago, no lo resistiría mi salud. Me acuerdo después de las doce, teniendo que corregir las composiciones que no he podido examinar durante el día, y a las seis tengo que estar levantada.

Jane aseguró que no tendría tanto que hacer en su casa, y al salir, salvo los últimos informes, podía considerarse ya como admitida.

Momentos después entró una señora joven, encantadora, simpática, inteligente: era Mme. Marden. Había adelantado una hora su visita para decir a Jane que probablemente recibiría la de miss Lethwait; Jane contestó que ésta acababa de salir y que le había gustado.

—Tengo una,—dijo sonriendo Mme. Marden,—con quien estoy muy contenta: miss Jones no sabe música ni muchos idiomas como miss Lethwait, pero mis niños son todavía pequeños.

Miss Jones es muy buena con ellos, y no pido mas.

—¿No sería,—exclamó Jane,—hija del reverendo M. Jones, de Wenlock Sud?

—No, estoy cierta que no, a pesar de que guarda silencio absoluto sobre su familia. Un día le dije sonriendo que no creía que su verdadero apellido fuera Jones; pero me aseguró que sí, y que por circunstancias especiales no hablaba de su familia. La persona que me la recomendó, directora de uno de nuestros mejores colegios, me hizo de ella grandes elogios. Por lo demás, no tengo interés en conocer su secreto.

Semejantes palabras llamaron la atención de Jane. ¿Sería posible que la institutriz fuera su hermana? Clarisa había prometido y jurado no revelar su verdadero nombre.

—¿Cómo es miss Jones?—preguntó Jane con interés.

—¿Es joven? ¿Es linda?

—Joven y muy linda. Lo es tanto, que si fueran mayores mis hijos no la tendría en casa.

—¿Cuánto tiempo hace que está?

—Hace dos años.

Cada palabra confirmaba mas a Jane en su primera idea. Hacía veintitrés meses de la ausencia de Clarisa.

—¿Podría usted indicarme su nombre de bautismo?—continuó preguntando a su amiga, a quien ya empezaba a parecer extraño aquel interrogatorio.